

EL NOMBRE DE DON QUIJOTE

MATERIA: DS

BRIOSO SANTOS, Héctor, *El nombre de don Quijote*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2013. 82 págs.: 21 cm.

D. L.: VG 142-2013

ISBN: 978-84-15175-57-5

Literatura: Historia y Crítica.

I. Héctor Brioso Santos.

II. *El nombre de don Quijote*.

III. Editorial Academia del Hispanismo.

© Editorial Academia del Hispanismo

NOTA BENE

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita y sellada de Editorial Academia del Hispanismo, titular del *copyright* de todos los textos impresos bajo su sello editorial, y según las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de sus publicaciones, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Los autores se hacen responsables ante la ley del respeto a la propiedad intelectual, al reproducir en sus trabajos publicados por Editorial Academia del Hispanismo opiniones propias y materiales ajenos, sean ilustraciones, citas, fotografías, o cualquier otro tipo de documentación que pueda vulnerar derechos de autoría.

Colección

Biblioteca Miguel de Cervantes, 25

Ilustración de cubierta

Área de diseño de Editorial Academia del Hispanismo.

Ilustración de Ange-Louis Janet. Litografía de Alfred-Léon Lemercier.

Don Quichotte s'exalte à la lecture des romans de Chevalerie, I, 1, 1846, Paris, Didier.

Cortesía de Eduardo Urbina, *Cervantes Project*, TAMU.

Impresión

Tórculo Artes Gráficas, S.A.

ISBN: 978-84-15175-57-5 · Depósito legal: VG 142-2013

Editorial

Academia del Hispanismo

Avda. García Barbón 48B. 4, 3º K

36201 Vigo · Pontevedra (España)

academia@academiaeditorial.com

www.academiaeditorial.com

Héctor Brioso Santos

EL NOMBRE DE DON QUIJOTE

Editorial
Academia del Hispanismo

2013

Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote—, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

Miguel de Cervantes,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1615, II, 22.

El *Quijote* no lo ha escrito Cervantes;
lo ha escrito la posteridad...

Azorín, *Clásicos y modernos* (1939).

How easy it is to set off speculation.
There was a man called Ledoux who maliciously claimed
that Flaubert had committed suicide; he wasted a lot of people's time.

Julian Barnes, *Flaubert's Parrot* (1984, cap. 7).

A mi padre, porque...

A good man therefore is a standing lesson to all his acquaintance, and of far greater use in that narrow circle than a good book. But as it often happens that the best men are but little known, and consequently cannot extend the usefulness of their examples a great way; the writer may be called in aid to spread their history farther, and to present the amiable pictures to those who have not the happiness of knowing the originals; and so, by communicating such valuable patterns to the world, he may perhaps do a more extensive service to mankind than the person whose life originally afforded the pattern (Henry Fielding, *The History and the Adventures of Joseph Andrews... Written in Imitation of The Manner of Cervantes, Author of Don Quixote*, 1742, libro I, cap. I).

*Y para S.,
del "ferido de punta de ausencia"...*

PRESENTACIÓN

La posición del satírico, del hombre que fustiga con acritud vicios o errores ajenos, es, generalmente, poco simpática, por lo que hay en ella de falso, de incomprensivo, de provinciano. Consiste en ignorar profundamente que estos vicios o errores que señalamos en nuestro vecino los hemos descubierto en nosotros mismos [...], y en olvidar, sobre todo, las palabras del Cristo, para conservar el alegre ímpetu que apedrea a su prójimo (Antonio Machado, *Juan de Mairena*, xxiii).

El especialista es siempre un bárbaro (sentencia de Juan I. Ferreras).

Un brillante novelista británico de nuestros días, Julian Barnes, se ha hecho tres grandes preguntas en los últimos treinta años: ¿Cuál es el sentido de la ciencia histórica? ¿No será mejor aceptar la simple falsificación de la historia? ¿Dónde están los límites de la crítica literaria? La respuesta a las dos primeras fue una agudísima novela titulada *England, England* (1998), y en otro texto suyo, *Flaubert's Parrot* (1984), ya había contestado a su manera a la última cuestión siguiendo la estela de las *Scènes de la vie privée et publique des animaux* de George Sand (¿que a su vez inspiró el *Animal Farm*

de George Orwell?). Sea como fuere, el *Flaubert* de Barnes nos encara con la (casi) inutilidad de una crítica literaria entregada a las más ridículas minucias. Pero, a medida que avanza la novela, comprendemos que, a través de los pormenores sobre los animales domésticos de Gustave Flaubert, su piel de oso y la influencia de los ferrocarriles en su obra, podemos entrever al escritor casi mejor que en algunas biografías descarnadas. Y de paso, asistimos al extraño y humanísimo monólogo del crítico, el chusco doctor Geoffrey Braithwaite, que espía los menores movimientos del gran novelista francés.

Precisamente eso es la crítica romántica y ahora, posmoderna: observar al exégeta en plena tarea de *replicar* la historia, como hizo Viollet-le-Duc con los castillos de Francia y como se pretendía hacer en el multimillonario parque temático de *England, England*. En esa novela se demostraba que la reconstrucción histórica (y crítica) a la medida de nuestros propios deseos no es más que una burda falsificación oportunista y puede convertirse en disparate. La confusión posmoderna no es mejor que el personalismo o el esoterismo románticos, y ni siquiera supera a su enemigo: el positivismo que siguió a ese romanticismo. Eso que se ha llamado el *conocimiento líquido* permite muchas alegrías en las ciencias *blandas*, pero no olvidemos que los excesos críticos resultan estafalarios con el paso de los años y que las sátiras alusivas menudean entre los escritores anglosajones, o entre los sajonizados, como Borges o Bolaño. La hermenéutica posmoderna anda ya cerca de hacerse acreedora del estilete de un novelista bufo, como lo fueron el psicoanálisis para Nabokov, la deconstrucción para David Lodge y el postestructuralismo para el mismo Barnes. Y puede que Harold Bloom no sea el último ensayista deseoso de aceptar el envite entre los polemistas de pluma acerada...

Este breviario trata de ser una breve indagación micrográfica y nada satírica en el problema de los límites de la crítica literaria. Como suele suceder con los autores clásicos, un pequeño asunto, en apariencia trivial y pasajero, se ha convertido en una larga disquisición jalonada de escolios que podríamos llamar *cervantinos* –justamente a la medida del Cervantes del prólogo del primer *Quijote*– sobre interpretaciones a las veces *quijotescas*. Barnes ironizó acerca de la crítica inútil en un capítulo memorable de su *Flaubert* a propósito del tópico del color cambiante de los ojos de Emma Bovary. Confío en que mis comentarios sobre el nombre del antihéroe cervantino de 1605 no recuerden en nada a la profesora oxoniense de la que Barnes se burlaba indirectamente en su capítulo sexto, y en que mis propias observaciones, que en buena parte son glosas a las hipótesis de otros, nunca sirvan para escribir una novela malévola, *barnesiana* o *nabokoviana* –o quizás más básicamente *juguetera*, como del difunto John Updike en su impagable *Bech: a Book*– sobre el cervantismo de principios del siglo XXI. Tal vez nuestra bendición (o maldición) es que Cervantes no haya sido (o quizás sí) un escritor inglés.

Y he aquí que me he tropezado, a lo largo de mis lecturas de cervantismo, con unas cuantas teorías un tanto aventuradas acerca del sentido enigmático del nombre de don Quijote, a las veces bajo el ropaje de la rancia filología de la fuente y el modelo, o directamente en forma de opiniones al acaso. Me he decidido a intervenir en ese pequeño debate porque me parece especialmente significativa esa doble inclinación de los críticos, unos hacia el positivismo y otros hacia un idealismo posmoderno, al que ya se asomara premonitoriamente Ortega y Gasset, según se verá. Entiendo que un recorrido razonado por las hipótesis de bastantes especialistas –espero que casi todos los que han tratado el asunto– puede ser instructivo a la hora

de meditar sobre qué tipo de metodología crítica queremos o necesitamos los cervantistas, en particular en un momento de general desbandada y de crisis intelectual, de antihumanismo y de antiacademicismo. Semejante repaso nos dará también una idea cabal de si, como han advertido críticos tan avisados como el citado Bloom, Brian Vickers y Anthony Close, la crítica ha exagerado sus interpretaciones hasta el punto de hipertrofiar –y no iluminar– la obra original sin verdadero provecho para el lector.

Paciencia y barajar. Por ahora, vale copiar aquí la pálida excusa del propio Henry Bech en su nabokoviana carta-prólogo de 1969: “Si no queda más remedio que cometer la impudicia artística de escribir acerca de un escritor, más vale, creo yo...” –y añadir, alterando mucho su frase– ...*escribir acerca de Cervantes que sobre algún escritor oscuro y marginal*, aunque la mía sea ahora, en finta posmoderna, no una simple crítica, sino una *metaescritura* o una *metacrítica*. Tiene este proceder la ventaja de ampararse en el nombre de un escritor genialmente elusivo para, elusivamente también, pergeñar la *novela* de su crítica. Como es natural, preferiría escribir la biografía apócrifa de la tribu inventada de Cide Hamete, los académicos de Argamasilla, el mentido licenciado Avellaneda, el editor de *The Aspern Papers* de James, Jim Dixon, Humbert Humbert, Kinbote, Kirkus Service, John Parlabane, los profesores de las universidades de Rummidge o Euforia, el doctor Braithwaite, Enid Stalkie y todos los demás. La diferencia está en que esto no es una parodia ni una *campus novel*, sino un catálogo razonado, y en que ahora hablaré de los críticos de verdad, de esos que *comen y duermen y mueren en sus camas* y entretanto practican una “meditación remunerada acerca de la literatura”, en definición de Bloom, durante la edad *democrática y caótica* o antes de ella. La crítica, y la *crítica de la crítica*, deben seguir su

camino... Hasta que surja la *novela sobre la crítica de la crítica*: el monstruo total. Pero dejemos ese sendero sin duda repleto de conjeturas, de guiones, de comillas, de caóticas referencias culturales y de puntos suspensivos post-estructuralistas.

A lo largo de estas páginas he seguido especialmente, como un hilo conductor, la última aportación al asunto del nombre de don Quijote, aunque la refutación de esa hipótesis final, que fue mi primer objetivo, me ha permitido repasar largamente otras teorías onomasiológicas más o menos afortunadas. Y ello a pesar de que Cervantes fustigó irónicamente la erudición libresca en el prólogo de su primer *Quijote* y de que siempre existen los que Andrés Trapiello llama *cervantistas*, que, según él, están “tan ocupados con su propia congregación que tienen poco tiempo de mirar hacia Cervantes”¹. El lector bien puede pensar, en efecto, que el asunto es bizantino y hasta ocioso. Con todo, entiendo que ni Cervantes ni sus lectores debemos dejar al acaso la onomástica del personaje más importante del imaginario cultural español. Y, como ha escrito Lodge en su *El arte de la ficción*, “En una novela los nombres nunca son neutros, siempre significan algo, aunque sea sólo el carácter común y corriente. Los escritores cómicos, satíricos o didácticos pueden permitirse ser exuberantemente inventivos, u obviamente alegóricos, en los nombres de sus personajes”².

¹ *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Madrid, ABC, 2004, p. 13. En lo sucesivo, daré abreviadamente en el cuerpo del texto sólo las referencias a las fuentes más citadas en estas páginas. Siempre que hay traducción española, la tengo en cuenta en todas las frases en otras lenguas, excepto una de la última página, muy difícilmente traducible y mucho más eficaz en su forma original.

² Barcelona, Península, 2011 [1992], p. 69.

Asimismo, este sucinto recorrido permite atisbar, aunque sea en miniatura, un panorama más extenso: el del cervantismo desde Diego Clemencín hasta hoy. Quienes me conocen no ignoran mi interés, entre apocalíptico y divertido, por ciertas interpretaciones posmodernas, aquí representadas en un puñado de intuiciones sobre el bautismo quijotesco. La crítica más extraviada también es instructiva: el loro de Flaubert puede emitir una frase articulada o un graznido cacofónico, pero siempre acaba por decirnos algo sobre su propietario. Y, por lo demás, quizás este librito tenga también inevitablemente algo de posmoderno en su pretensión un tanto deconstructiva de criticar al crítico y de observar al escritor indirectamente, a través de sus lectores más meticulosos, que somos justamente los eruditos.

Y, *last but not least*, doy las más cariñosas gracias a mi padre por las numerosas noticias y datos que me ha brindado durante la preparación de este libro desde su recién estrenado oficio de cervantista y lector incansable de libros de caballerías.

Madrid y Sevilla, diciembre de 2012.

H. B. S.